



El chico del Maravillas **Lluís Llach**



DESTINO

El chico del Maravillas

Lluís
Llach

Traducción de
Victoria Pradilla

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1415

Título original: *El noi del Maravillas*

© Lluís Llach, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la traducción del catalán: Victoria Pradilla, 2017

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.



Primera edición: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-233-5262-3
Depósito legal: B. 22.234-2017
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien
libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Bienvenidos al Maravillas

En 1935, Mireia Ventós trabajaba en un teatro de revista en Barcelona. El edificio era propiedad de la familia Bartrina, y don Ignasi, el actual dueño y director, era el segundo eslabón de la saga iniciada por Eduard Bartrina, un actor reconocido y de éxito que lo había construido a finales del siglo XIX. A pesar de su fama, la fortuna que le permitió levantarlo no provenía del oficio, pues en aquellos tiempos y en Barcelona nadie se hacía lo suficientemente rico con la comedia como para poder levantar un inmueble de esa magnitud. En realidad, el dinero procedía de la familia, potentada y con casa en el barrio más caro y alto de Barcelona. Cuando el último Bartrina con buen juicio, el viejo don Leopold, tuvo que decidir si legaba su fortuna a un hijo actor o a una hija bien casada, intuyó que, sobre el escenario, su riqueza viviría un desenlace dramático. Es cierto que no era normal saltarse al primogénito y hacer testamento a favor de una hija, pero el hecho de que Dolors le diese un nieto juguetón decantó definitivamente la

balanza en contra de los hábitos tradicionales y las buenas costumbres. La nombró heredera universal.

Aun así, la fortuna era tan abundante que, con la legítima que le correspondía, Eduard reunió un buen pico. Aquel reajuste familiar le pilló un poco mayor y, cansado de estar sobre el escenario con dos funciones diarias, decidió mejorar su estatus pero sin dejar la farándula. Adquirió un terreno en un barrio que estaba en pleno desarrollo, en una avenida que auguraba un buen porvenir comercial. Le llamaban el Paralelo, un guiño astro-geográfico más o menos justificado. Aquel hombre invirtió seis años en levantar el edificio y gastó casi todo su capital para ponerlo a punto. Excesivamente ufano por el trabajo hecho, lo bautizó con un nombre inmoderado: el Gran Teatro Maravillas. La gente matizó la desmesura y lo rebautizó como el Maravillas, sin tanta pomposidad.

Así pues, el abuelo Bartrina, cansado de pretensiones artísticas, se empeñó en que el Maravillas fuese rentable lo antes posible. Con tal objetivo, conjeturó que esquivaría riesgos si cambiaba la seriedad del repertorio clásico por la ligereza de las variedades, un género teatral muy de moda en aquellos tiempos y que, como casi todo lo que era moderno y ligero, provenía de París. Se enlazaban *sketches* hablados y piezas musicales que se cantaban y se bailaban con la pretensión de trabar un guion que erotizara a la clientela o que al menos la entretuviese. Para conseguirlo, era obligado que de entre el personal escénico destacase un elenco de chicas de buen ver. A las más imponentes y glamurosas se las llama-

ba vedetes y, habitualmente, eran el eje de un espectáculo agradable para un público que anhelaba distraerse. La gente ya estaba bastante agobiada como para perder el tiempo haciéndose preguntas trascendentes en los teatros, y menos aun cuando ya intuían las respuestas.

Entre los muchos locales que se habían construido en la avenida del Paralelo, el Maravillas no era ni tan ampuloso ni estaba tan bien equipado como el Arnau, el Talía o el Còmic pero, precisamente gracias a su ambiente familiar, casi íntimo, la ironía de sus *sketches* y las virtudes de sus vedetes quedaban más al alcance del público, o bien de sus corazones, o incluso mejor, de sus manos, según conviniese. Y así fue como la iniciativa de Eduard Bartrina alcanzó un éxito pecuniario que se mantuvo durante muchos años.

Mireia Ventós era hermana de Lluís, un chico bastante mayor que ella, que se encargaba de la tramoya del Maravillas. Ya de niño, había empezado a moverse por entre las tripas del escenario siguiendo a su padre, que le enseñó los trucos del oficio hasta que una sífilis perniciosa se lo llevó en el otoño del año 1929.

En el teatro veían a Mireia como una chica poco femenina. Era delgada y con una complexión que la hacía ágil y flexible como sólo lo eran algunos chicos. La gente del Maravillas la había visto crecer desgarbada, jugando y entreteniéndose sola por los lugares más recónditos y peligrosos del teatro. No le asustaban ni las turbias profundidades del foso ni las alturas abisales del telar, donde construía escondites

inaccesibles al resto del mundo. A Mireia sólo se la veía vestida como una niña cuando iba a la escuela municipal del barrio con un sencillo uniforme compuesto de falda y blusa; entonces se podía descubrir que bajo su aspecto desmadejado se escondía una criatura hermosa. Más tarde, en los tiempos confusos en los que su cuerpo de niña juguetona pasó a ser el de chica retozona, adquirió una belleza ambigua, pero nunca se preocupó de impregnarla con una brizna de sensualidad que la hiciese golosa a los sentidos de los chicos que la miraban. Sólo Carme, la hija del propietario, la miraba de reojo con deseo en las pupilas y distinguía en ella unas cualidades que nadie más apreciaba.

El padre de Carme, don Ignasi Bartrina, no se parecía en nada a su antecesor. Pasaba de los cincuenta, tenía una apariencia tranquila y vestía con un chaleco que, con coquetería, adornaba con una cadena dorada que aseguraba un reloj suizo en el pequeño bolsillo del lado del corazón. Tenía un carácter más bien tímido y quizá demasiado bondadoso para regentar un local de revista en aquellos años treinta. Trataba con consideración al personal y sentía al Maravillas más como una casa familiar que como un negocio lucrativo. Quizá acomplejado por el renombre teatral de su padre, necesitaba creerse imbuido de alguna vena artística que le espoleaba a protagonizar la elección del elenco técnico, de los actores, actrices, coristas, músicos... e incluso a opinar sobre la calidad de las piezas musicales o de las coreografías que se ejecutaban. En realidad, sentía todos y cada uno de los detalles del Maravillas como

responsabilidad propia y, si bien ya sabía que haciendo vodeviles no lograría que su foto apareciera en ningún libro de historia del arte, se desvivía para que los clientes abandonasen el Maravillas satisfechos por haber asistido a un espectáculo cuidado, trabajado y en el que incluso las bromas, inevitablemente groseras, trasluciesen alguna sensibilidad artística.

Su mujer, Margalida, era oriunda de Mallorca, de Santa Maria del Camí. En el Maravillas se rumoreaba que se habían conocido cuando el señor Bartrina se estrenaba como empresario con treinta y un años y ella aspiraba a un puesto entre las coristas, con dieciocho. Era una chica de aspecto sensacional, y enseguida conquistó el corazón y el deseo del propietario que, después de unos prolegómenos más bien escasos, le insinuó la idoneidad de que lo amase como marido en lugar de dedicarse a prodigar brincos desacompañados por la corbata del teatro. La muchacha, que en un arrebató juvenil se había escapado de su casa mallorquina para desembarcar en Barcelona, y que ya había conocido el hambre cuando no se vendía la belleza, aceptó el ofrecimiento de don Ignasi como si se tratase de una bendición. Se casaron sin demasiados preámbulos y, a instancias del marido, la chica se convirtió en trabajadora rentable aprendiendo a dibujar, a cortar patrones, a hilvanar y a coser vestidos hasta llegar a ser extremadamente mañosa. Y no tan sólo en el corte y la confección, sino que se volvió experta también en la elección y fijación de la bisutería, algo que en un teatro de variedades y con bailarines y bailarinas

exhibiéndose y contoneándose hasta la saciedad tenía un mérito indudable. Pues Margalida, a pesar de que al andar por la calle provocaba que los hombres se diesen la vuelta para mirarla, fue fiel a su marido y le dedicó cuerpo y alma, hasta que, ¡ay!, un atardecer descubrió, con Ramiro, otra forma de amar y de ser amada.

Ramiro era el cartelista y pintaba con éxito la publicidad exterior de la mayoría de los teatros del Paralelo y de los grandes cines del Eixample. Llegó de Murcia con cuatro años, exactamente en 1907, con un padre que se dejó media vida en la construcción y una madre que hizo de las agujas de coser una herramienta de precisión. Aquella mujer no quería que el niño terminase de peón como su marido y lo encarriló hacia una escuela de pintura porque, según ella, Ramirín tenía mucha mano para el dibujo. Unos años más tarde, la madre se colocó en casa de una familia pudiente, la familia Garrigosa, iba un día a la semana para retocar los vestidos de la señora y para lo que hiciese falta. El dueño de la casa era un miembro importante del patronato que regía la Escuela de Arte, sita en la Llotja de Mar, y los ruegos de Carmela favorecieron que su Ramirín obtuviese plaza para refinar las ya de por sí muchas dotes que poseía.

Consciente de que ningún dios lo había elegido para ser un genio, decidió dedicarse al cartelismo. Se especializó en representar besos insinuados, labios carnosos, curvas peligrosas y toda la parafernalia de sinuosidades que convertían un cartel de Ramiro en el frontispicio de un teatro o de un cinematógrafo en un

ineludible reclamo para ver qué se cocía en el interior. A menudo, lo que se insinuaba en el cartel era más atractivo que lo que se representaba dentro, y gracias a este talento tan provechoso se le retribuía muy bien. Como siempre pasa con los hombres buenos, el señor Bartrina no sospechó nunca que los fastuosos descuentos que Ramiro le hacía para las publicidades exteriores del Maravillas equilibraban compensaciones íntimas en el interior de la propia casa.

De cómo Mireia encontró el oficio

Cuando el padre de Lluís y de Mireia murió apestado de sífilis, en el año 29, dejó vacante el puesto de tramoyista que había ocupado desde la fundación del Maravillas. Ignasi Bartrina reunió sentimientos y conveniencias y tomó a Lluís como su nuevo encargado de tramoya. Un chico fuerte, quizá demasiado joven pero serio y honesto, nada problemático, que casi había nacido en su casa y que conocía por su nombre a cada uno de los gatos y de las ratas que por allí pululaban. Aprovechando que los hermanos Ventós eran pobres de solemnidad y que pagar un alquiler los hundiría aún más en la miseria, el señor Bartrina consideró misericordioso y provechoso ofrecerles un habitáculo. Mandó tirar un tabique para unir dos camerinos de los cinco que había en la más alta de las tres hileras de vestidores adosados al escenario, y resultó ser un espacio particular. Una especie de cubil con galería, colgado sobre el telar,

que en lugar de abrirse a una calle luminosa de la ciudad, daba a la caja en penumbra del Maravillas, llena de cuerdas, poleas, bambalinas... Sin embargo, aunque de día podía parecer un lugar lúgubre, cuando llegaba la noche se transfiguraba en una caja mágica, alegre, musical y, vista desde allí arriba, llena de colores y movimientos, sobre todo cuando el cuerpo de baile coreografiaba giros constantes, porque el escenario era pequeño y, si en cualquier dirección no daban media vuelta pronto, los bailarines podían hacerse daño.

Los hermanos Ventós llevaron a la habitación todas sus posesiones: la poca ropa del ajuar de su madre, unas fotos antiguas en las que aparecían sus padres de jóvenes, una bombilla de 25, una lámpara de carburo por si acaso, un orinal y la cocina de petróleo de la vieja casa. Ya había allí una cama de cuerpo y medio, tres sillas, un baúl vacío y una pila de lavabo con un grifo de agua corriente. Para las necesidades abundantes era necesario bajar al excusado de la primera planta de camerinos, que en horas de función se compartía como buenamente se podía. Mireia y Lluís se conformaron con su destino y de aquella estancia hicieron su hogar. En lo alto del telar, y como eran jóvenes, parecían dos pájaros colgados del nido. Seguro que por ello el señor Bartrina le puso al lugar un nombre que hizo fortuna entre la compañía: el Palomar.

La vida era sencilla para ellos. Como Mireia se distraía ayudando a su hermano, siempre se acostaban tarde, las funciones se alargaban hasta bien entrada la medianoche, y cuando terminaban aún te-

nían que preparar una parte de la tramoya para el día siguiente. Durante el día, Lluís ganduleaba en la cama hasta aburrirse; en cambio, Mireia se levantaba pronto para asistir a la escuela del barrio, a pesar de no tener ni muchas ganas ni demasiada aptitud. Sólo la autoridad de su hermano y la generosidad del señor Bartrina la hicieron estudiar casi hasta cumplir los diecisiete años.

Al mediodía, los hermanos comían en una fonda, justo al lado del teatro. La llamaban casa Hermínia porque ese era el nombre de la mujer que regentaba el local y que les servía dos platos por ocho reales. Rondaba la treintena, en pleno esplendor de atributos, y se pavoneaba de tener el marido mejor plantado del barrio: Hèctor. Un hombre tranquilo, empleado de las vecinas hilaturas Marçà, como la mayoría de los clientes, pero con un rostro de escultura griega y un cuerpo para hacer perder los estribos. El bello Hèctor siempre se comportó como si aquello no tuviese nada que ver con él y, cuando su mujer lo miraba con lujuria, se sonrojaba. En cualquier caso, Lluís y Mireia siempre salían de casa de Hermínia con el estómago a punto de reventar. Y les convenía que así fuera, porque por la noche, mientras manipulaban la tramoya, sólo roían un trozo de pan acompañado de cualquier cosa.

Cuando Mireia terminó los estudios, se dedicó de lleno a ayudar a su hermano. Por un lado le divertía extraordinariamente, y por otro pensaba que así se pagaba la manutención mientras no encontraba dónde trabajar. En los ratos en que no tenía faena, se entretenía fijándose en todo lo que pasaba en el esce-

nario, sobre todo en lo que hacían las chicas. Un día se dio cuenta de que se sabía todos sus pasos, sus movimientos y giros y, aprovechando que estaba sola en el teatro, jugó a imitarlas. Así, jugando jugando, tuvo una idea luminosa. Ella podría hacerlo tan bien o mejor que la Charo, la Lola o la Merceditas, y, por primera vez, pensó seriamente en dedicarse a ello. En realidad, bailar no le entusiasmaba, pero siempre le había gustado poder hacer alguna de las tareas propias del teatro y, de repente, nada le parecía tan fácil como entrar en el cuerpo de baile para acompañar a las vedetes, apoyarlas... y soportarlas. Desde entonces, cuando en el Maravillas no quedaba nadie, ensayaba y repetía los pasos de baile hasta la extenuación. Para ella, que disfrutaba con el ejercicio, aquello le resultaba excitante. Debía de ser a mediados del año 34, ya cumplidos los dieciocho, cuando enfermó Merceditas y quedó vacante una plaza en el grupo de «las nenas», como las llamaba don Ignasi. Mireia pensó que podría sustituirla. Estaba segura de que encadenaría brincos, giros y arabescos mejor que la Lola y la Charo.

—Nena, ¿estás segura de que sirves para esto?
—le preguntó el señor Bartrina, receloso.

—Don Ignasi, estoy segura de que lo haré bien.

—Ten en cuenta que las nenas del escenario tienen que oírlas de todos los colores y deben ser sufridas, porque es necesario que sea así —indicando sobreentendidos con la dicción— para atraer a la clientela. Y tú, con tu temperamento...

—Don Ignasi, no se preocupe, que aunque tenga ganas de darles un sopapo en los morros, sé disimular.

—Pero cobrarás muy poco.

—No me importa.

Al verla tan decidida, el señor Bartrina consintió en hacerle una prueba. No le convenía un cuerpo de coristas-bailarines descompensado, y menos en el grupo de las chicas, que eran las que captaban más feligreses. Además, tenía que tener en cuenta que Mireia era de confianza y le saldría barata, lo cual en conjunto le pareció ventajoso. En realidad, nunca se le había ocurrido que Mireia pudiese bailar, quizá porque ni el señor Bartrina, ni nadie en el teatro, la había mirado nunca como a una mujer.

Terminada la función de aquella noche, el propietario ordenó a los cinco miembros del cuerpo de baile amputado y también al pianista, don Ernest, que al día siguiente llegasen un poco antes. «Para hacer una prueba a una bailarina nueva», anunció, pero cuidándose mucho de no revelar su nombre. Evidentemente, Charo y Lola fruncieron el ceño. Y era normal. Se llevaban bien con Merceditas. Habían pasado unas cuantas temporadas compartiendo aplausos, escarnios, ratas... y en un entorno tan pobre como el del Maravillas, las complicidades y la solidaridad eran muy importantes.

Cuando al día siguiente llegaron las dos a la prueba y Mireia se reunió con ellas, Lola y Charo le dieron conversación sin reparar en que tuviese nada que ver con el examen. Al poco, Lola comentó en voz alta: «Pues anda que empezamos bien, el primer día y la nueva llega tarde». Mireia iba a increparle que hacía rato que esperaba allí plantada, pero la voz afalsetada del señor Bartrina, que no sabía gri-

tar, frustró sus intenciones. «Venga, nenas, vamos allá.» Se dirigió a la butaca que daba al pasillo central de la segunda fila de platea. «Don Ernest, cuando quiera ya puede tocar el “Pimientitos”.»

Mireia siguió a las otras dos, que al entrar en el escenario y no ver a ninguna meritoria, miraron extrañadas a la platea, allá donde presidía el señor Bartrina. De las patas del otro lado, como en la mayoría de números, salían los chicos. Alfred era el mejor y ejercía de primer bailarín, el segundo era Jordi, que no bailaba muy bien pero era el más atlético de los tres y tenía una figura conveniente para cuando venían señoras, y el tercero era Juanito, un poco bajo, moreno y sin la técnica de Alfred pero que movía el culo con más gracia que Charo, que ya es decir. Esta y Lola hicieron una mueca, entre sorprendidas e incrédulas, cuando vieron que Mireia se quitaba un poco de ropa y se quedaba con una vestimenta parecida a unas mallas. Por suerte, antes de que hiciesen algún comentario sarnoso, el pianista, Ernest Curull, embistió los “Pimientitos” con buena técnica pero escaso sentimiento. Hacía años que la había compuesto y ya la tenía aborrecida: la pieza, ¡ay!, le gustaba demasiado al señor director y siempre que renovaban temporada le pedía que incluyera sus “Pimientitos” en un sitio u otro de la función. Al oírlos, las coristas se pusieron en movimiento sin más dilación.

Don Ernest, encorvado sobre el piano, tocaba maquinalmente mientras miraba a los bailarines. Mejor dicho, a Mireia, porque a los otros ya los tenía vistos y revistos y sabía perfectamente en qué com-

pás Charo perdería el ritmo o Jordi tropezaría. Se sorprendió de que aquella chiquilla, de quien, aparte de ser hermana de Lluís, sabía muy poco, ejecutara el baile a la perfección. Quizá un poco falta de alma, como si bailar no le hiciese ilusión, pero cada movimiento del brazo era preciso, las piernas no dudaban, los saltos, las carreras, los giros..., lo tenía todo memorizado y mecanizado con un sentido del ritmo magnífico y con un cuerpo armónico que se coordinaba con la música. Nunca hubiera sospechado una *performance* así de aquella muchachota.

En primera fila de platea, el señor Bartrina, su esposa Margalida y su hija Carme observaban concentrados el despliegue coreográfico. Amaban su teatro y sabían que sustituir a una bailarina era una decisión delicada que podría llegar a cambiar el rumbo del local. Cuántas chicas habían empezado así y habían acabado convertidas en vedetes rutilantes que se disputaban el Istanbul, el Apolo o el Molino, teatros tanto o más importantes que el suyo. El caso más extraordinario, que inevitablemente siempre se mencionaba en el Maravillas, era el de Pinta Pitó, que se había estrenado en la casa y había terminado en París, en una sala que, aunque falta de categoría, estaba a cuatro pasos de la Place Pigalle.

Cuando terminó el «pase», los bailarines, que habían actuado como de andar por casa, a excepción de Juanito, que cuando bailaba aprovechaba para olvidar la mala vida a la que el destino le había condenado, desaparecieron. En el silencio, el señor Bartrina permaneció pensativo. Iba a decir algo cuando surgieron unos aplausos desde los corbatines de la izquierda del

escenario, que es donde estaba el piano de ensayos. Era don Ernest, entusiasmado, que ya se estaba yendo.

Bartrina, con una voz afectada de tan paternal que quería resultar, dijo:

—Baja, nena, baja.

Mireia saltó atléticamente desde la altura de la corbata hasta la platea, de forma que quedó de pie justo delante de él.

—Mireia, hija, lo has hecho bastante bien —dejó transcurrir una pausa para coger fuerzas y dictaminar sentencia—: Pero yo... yo no te veo de bailarina.

Se hizo el silencio. Unos segundos muy largos. El señor Bartrina no quería dar explicaciones, pero oyó como Carme rezongaba a su derecha. La miró de reojo para imponer su autoridad, pero adivinó en ella un gesto de desaprobación. Su hija estaba a punto de soltar alguna inconveniencia y la cortó en seco, mirándola fijamente:

—Y no se hable más.

Mireia no mostró ni rastro de emoción. Aquel hombre estaba desmontándole la esperanza que había cobijado durante un año, la única salida que veía para poder continuar en la casa, pero estaba decidida a no hacer ningún aspaviento ni a llorar. No lo hacía ni cuando entre todos los niños de la calle le daban una paliza, porque de uno en uno no se atrevían. Ya estaba dispuesta a irse cuando la voz de Bartrina moduló:

—En cambio... —dejó un silencio que levantase expectativas—, quiero que empieces a trabajar la semana próxima. —Respiró profundamente para remarcar lo que seguiría—: Y... con sueldo.

Al ver que el rostro inexpresivo de Mireia no se alteraba, optó por afinar la oferta:

—Ayudarás a tu hermano en la tramoya.

Cuando Mireia abandonó la platea a toda prisa, Carme Bartrina miró a su padre desafiante. La chica era de órdago y nunca le había escatimado ningún reproche cuando creía que su padre se lo merecía.

—Ha bailado bien y se sabía los pasos mejor que las otras.

—No voy a negarlo.

—Tiene sentido del ritmo y una figura bien perfilada.

—Tampoco lo negaré.

—Entonces, ¿por qué no has querido contratarla?

—Pero ¿es que no te has dado cuenta? ¿Dónde tienes tú los ojos...? ¿Es que no lo ves? Es como un chico, camina y baila como un hombre, tiene los hombros anchos y las caderas tan estrechas como cualquiera de ellos. —Pero, previendo que no serían argumentos convincentes para su hija, los remachó con una evidencia comercial—: Es por nuestro público, ya sabes que son muy malpensados y comentarán que es un travestido y, tal como están las cosas de la moral y de la censura desde que ha ganado la derecha, acabaríamos mal.

Pero Carme, furiosa, ya no se conformaba con disquisiciones políticas.

—Papá, quizá exageras con esos miedos absurdos. Lo ha hecho muy bien. Incluso don Ernest, que tiene abono en el Liceu para los días de ballet y que es quien más entiende de todos nosotros, la aplaudía

entusiasmado. No le había visto hacerlo nunca. Nunca. En ninguna prueba.

—Pues precisamente por eso.

—Papá, ¿qué quieres decir con «precisamente por eso»?

—Pues que a don Ernest, como ya sabrás —mirándola con intención—, le gustan los chicos. Y por eso estaba tan embobado, porque en realidad veía a un chico un poco, sólo un poco, afeminado, como a él le gustan. Y Carme —subiendo el tono—, para eso ya tenemos a Juanito. Te recuerdo que buscamos a una bailarina, bai-la-ri-na, y que el cupo de chicos ya está satisfecho. Y son de verdad... —dudó un momento y después la miró fijamente—. Dejémoslo aquí. No me hagas hablar más, que si no diré cosas que no quiero decir.

Margalida Bartrina miró a su hija y habló con la voz de la experiencia:

«No insistas, nena, que no lo conseguirás», y tomando a su marido por el brazo, le empujó amorosamente pasillo central arriba para encaminarlo hacia el despacho.

Un accidente transmutó el destino

A Mireia, contra todo pronóstico, la pena no le duró ni cinco minutos. ¿Tramoyista? ¡Cuántas noches lo había soñado y nunca se había atrevido a decirlo! ¡Tramoyista! ¡Dios mío! No había nada en el mundo que le hiciera tanta ilusión, pero hasta entonces

creía que aquel trabajo sólo era cosa de hombres. Si lo hubiese sabido... Había aprendido a imitar a las bailarinas porque o bailaba o iba para mujer de la limpieza; o a una fábrica de mala muerte donde el hambre o el aburrimento la matarían; o aún peor, para modista, entre agujas y chismorreos, encarcelada en una sala llena de costureras hablando de los calzoncillos del marido; o de pordiosera... o de puta, pues sería capaz de todo. Pero tramoyista, aquello sí que era un sueño... En el telar, bajo el peine, con las cuerdas por lianas, yendo y viniendo, y saltando arriba y abajo para hacer caer a tiempo las bambalinas... Sí, la oferta del señor Bartrina fue un regalo que le cambió la vida y, quizá, por primera vez, pensó que esta adquiriría sentido.

El día de su debut, Mireia se puso el mono de trabajo y un arnés de seguridad, esto último porque el señor Bartrina la obligó a hacerlo. Durante la función, los números de baile se entretejían con pequeños *sketches* picantes por parte de los actores. O sea, un trabajo de movimientos que tenían que concatenarse subiéndolo y bajando varas y colocando elementos de atrezzo. Mireia lo vivió como una noche maravillosa, pero para el resto del elenco teatral fue una jornada como otra cualquiera. Las vedetes no distinguieron entre el público a ningún potentado para poder seducirlo, y los *sketches* hicieron sonreír a los cuarenta y cinco clientes «de pago» y a los seis o siete «abonados» de la claqué, que, dirigidos por August, aplaudieron en los momentos convenientes para aparentar que les gustaba. Sólo Lluís sintió que aquella noche las bambalinas,

las corbatas y los telones... subían y bajaban más ligeros y sincronizados que nunca. Mireia volaba en su paraíso.

Al principio, el entusiasmo que Mireia desplegaba en la tramoya preocupaba a su hermano. El chico creía que asumía demasiado riesgo sin necesidad. O quizá estaba secretamente celoso de aquella chica flexible, ágil y atrevida, que se encaramaba donde hiciese falta para mover una bambalina a tiempo o para hacer volar una luna de cartón a trece metros de altura desde un peine medio carcomido. Sólo con el paso de las semanas, Lluís fue acostumbrándose y, finalmente, pudo alejar aquellos sentimientos enfermizos. En el Maravillas, con ambos hermanos trabajando juntos, la tramoya se convirtió en una maquinaria engrasada que funcionaba como un reloj. Bambalinas, telones, bastidores y decorados desfilaban con una precisión desconocida, y en la compañía, todos, exceptuando a Charo, que afirmaba que tanta precisión la ponía de los nervios, estaban orgullosos.

Pero algún infortunio tenía que truncar aquella felicidad, y cuando llevaban casi dos años trabajando juntos, Lluís Ventós sufrió una caída terrible. Corría el mes de mayo de 1936.

Mientras Lluís desenganchaba una vara que se había trabado en el último acto, algo bastante frecuente, se desplomó y cayó con tan mala fortuna que se rompió la tibia y el peroné, justo a la altura del tobillo. El maestro Curull ya lo diagnosticó: «Es un lugar muy malo, difícil de sanar...», pero todo el mundo, desde el señor Bartrina hasta el propio Jua-

nito, lo consolaban diciéndole que podía haber sido mucho peor. En el hospital, le pusieron la pierna en alto para recomponerla con la ayuda de unos contrapesos. Debió de ser muy doloroso porque los alaridos de Lluís fueron terribles. Mireia, que nunca le había visto en una situación de tanto desamparo, se conmovió profundamente y le agarraba la mano hasta clavarle los dedos. Después le enyesaron la pierna y el doctor Casado explicó al chico que le parecía que los huesos no se habían astillado pero que no podía asegurarlo. Que tendría que llevar el yeso como mínimo dos meses y que sobre todo no apoyara el pie en el suelo. Mientras, Mireia, que también escuchaba las recomendaciones del médico, empezó a pensar cómo se las apañaría en el trabajo.

Con la aquiescencia del señor Bartrina, Mireia llamó a un chico de su edad y de su sindicato, Feliu, para que la ayudase. Así fue como se convirtió en la primera y única mujer jefa de tramoyistas de los teatros de Barcelona. Hay que subrayar que fue aceptada por los compañeros de los otros locales como una más, y que, en pocas semanas, llegó a adquirir fama en las reuniones sindicales en las que participaba como delegada electa del Maravillas, en sustitución de su hermano. Tenía un carácter firme que, unido a un contundente don de palabra, le otorgó un papel relevante en las asambleas de la CNT.

Pero los tiempos eran convulsos y, en el tablero de ajedrez en el que el destino se entretenía a jugar con los humanos, todas las piezas se resituaban para iniciar la Guerra Civil Española. Sin embargo, en el Maravillas, aquel apocalipsis acechaba en medio de

una cotidiana normalidad. En el Paralelo de Barcelona los teatros se llenaban, las vedetes se exhibían y los actores todavía podían interpretar inocentes dramas inventados.

La revolución trastocó el Maravillas

Hacía tiempo que el sindicato anarquista dominaba el mundo del espectáculo, incluido el del Maravillas. El comité sindical del teatro exprimía y esquilma el bolsillo del señor Bartrina todo lo que podía, pero el hombre era una anguila escurridiza acostumbrada a zafarse de todo. Además, tenía buena nariz para oler con bastante acierto lo que iba a suceder, y hacía ya tiempo que le llegaban malos olores alarmantes. En las permanentes discusiones con los sindicatos, y contrariamente a los hábitos de los demás propietarios del Paralelo, él siempre fue más partidario de negociar que de llegar a situaciones de enfrentamiento. En aquellos momentos de tanta convulsión social, intuía que sus cartas eran las peores de la baraja, y que sólo entendiéndose con los del sindicato, podría salvar el Maravillas. Era un pragmático que, en definitiva, sabía lo que quería preservar: a Margalida, a Carme, al teatro y a él mismo..., aunque no sabía exactamente si por ese orden. El resto de la vida, como decía a menudo, «No es más que una función».

En Barcelona, el golpe de Estado de julio del 36 fue aplastado por las fuerzas populares y legítimas

de la República, pero los enfrentamientos comportaron terror, caos y mortandad. Todos los teatros cerraron. Además de otras consideraciones, las calles vivían un proceso revolucionario y la clientela estaba demasiado ocupada, los unos salvando el pellejo, y los otros la República. La ciudad estaba convulsionada y el viejo orden era cuestionado, cuando no puesto del revés... Y ¡ay! el del Maravillas también.

Anticipando el desastre, el señor Bartrina decidió adelantarse a los acontecimientos. Enterado de que aquella misma mañana habían agredido al propietario del teatro Istanbul y le habían dejado malherido, decidió que, antes de que se reuniesen sus empleados, él mismo convocaría a la compañía al completo. Veía venir que si la CNT triunfaba, colectivizarían cines, teatros y cabarets, con vedetes, bailarines y bailarinas, actores y actrices, tramoyistas, taquilleras, propietarios... Que incluso los apuntadores serían colectivizados. Exactamente al atardecer del día 19 de julio, cuando aún resonaban los disparos en el cuartel de Les Drassanes, don Ignasi Bartrina, con aire trascendente, notificó a los trabajadores que, antes de que el teatro cayera en manos de los facinerosos alzados contra la República, prefería que fuese la casa de todos y que, a partir de aquel momento histórico, él y «su» Maravillas quedarían a disposición de la revolución. También anunció que, si ellos estaban de acuerdo, cerraría el teatro hasta que el sindicato decidiera lo más conveniente. Remachó el discurso proclamando la generosa donación de la caja acumulada de las dos últimas semanas, «para que podáis gestionar el día

a día mientras las cosas no se arreglen fuera». Todo ello dicho con solemnidad y no como si por dentro le sangrara el estómago. Era necesario que las inversiones fueran atrevidas y, sobre todo, hechas a tiempo.

En realidad, las relaciones entre la célula sindical del Maravillas y su amo nunca fueron tirantes. Don Ignasi era de trato afable y de exigencias mesuradas. Cada uno de los trabajadores había constatado en su propia piel como, ante alguna contrariedad familiar o de salud, podía confiar en la bonhomía del propietario. Incluso en cuestión de sueldos, los del Maravillas se igualaban con los de otros teatros de más fama y categoría. Seguramente por ello, una vez traspasados los poderes, la asamblea acordó como primera decisión que mientras la dirección sindical no dijese lo contrario, los tres Bartrina viviesen en el piso que había sobre la entrada principal, encima del despacho, donde lo habían hecho siempre, pero ahora, con permiso sindical. Acordaron también que quedasen confinados dentro del edificio, con la prohibición expresa de no salir hasta nueva orden. Para facilitar-lo, se encargó a August, de reconocida devoción por los Bartrina, que les proveyese de comestibles. La ambigüedad de la situación no permitió discernir si la orden de confinamiento era una amenaza o una protección, y don Ignasi no se arriesgó a aclararlo. Fueron días peligrosos para todos, pero para los que vestían chaleco muchísimo más.

Lluís, Mireia y Feliu ejercieron de vigilantes nocturnos del inmueble y de los señores. Lluís, con la pierna escayolada, vivía en el escenario y dormía en

un jergón que Mireia le había preparado entre dos patas, a la derecha de la caja. Recuperarse en el Palomar hubiera terminado por encarcelarlo en aquel pequeño espacio. En cualquier caso, y a pesar de que en la ciudad aún pasaban «cosas gordas», dentro del Maravillas no hubo ningún susto especial. La puerta roja de la entrada lateral, en la calle del Vent, sólo se abría de buena mañana, cuando los trabajadores llegaban para reunirse en asamblea; tomaban posesión del teatro y, a salvo de lo que pasase fuera, custodiaban su Maravillas hasta prácticamente entrada la noche.

El día 24 de julio, August subió a las estancias de los Bartrina y un poco atribulado les anunció que en diez minutos llegarían los compañeros delegados del Comité de Sección de la CNT para establecer las nuevas directrices.

«Con instrucciones precisas y revolucionarias», afirmó con determinación. Les anunció que se reunirían todos y que era obligatorio asistir.

El señor Bartrina bajó a la convocatoria dos pasos por delante de su mujer y de su hija. A pesar de que procuraba aparentar serenidad, estaba muerto de miedo. En realidad, allí se decidiría no sólo el porvenir del teatro, sino también el de sus vidas, y don Ignasi sabía muy bien que la vida era la gran obra de teatro de la cual pendía todo lo demás. Cuando llegó al escenario, con el telón levantado y la asamblea sentada formando un círculo de sillas bajo la bombilla de 40, les fue saludando a todos, dirigiéndose a cada uno por su nombre: Lluís y Feliu de la tramoya; Llibert, responsable de la iluminación y de algunos efectos; Pedrós, encargado del utillaje y

del mantenimiento; August, el acomodador de platea, y Eudald, el del primer piso, que sólo trabajaba sábados y domingos por un tanto fijo; Remei, que hacía remiendos, planchaba y ayudaba a los actores y bailarines a vestirse en los cambios rápidos, o a cerrar las precarias cremalleras de las chicas, justo antes de que salieran meneándose al escenario; y después, a todo el personal artístico, la mayoría contratados por temporada y casi siempre prorrogados: los seis miembros del cuerpo de baile, con Charo, Lola y Gertru por el lado de las chicas, y Alfred, Jordi y Juanito por el otro; a Montse Gas segunda vedete, que intervenía en los solos del cuerpo de baile, y a la vedete absoluta, Petulia del Río; a la pareja de actores, Asensi Marquès y Mercè Combreres; y para terminar, a dos de los tres músicos: al maestro Curull y a Cubí (al tercero, Corçà, nadie lo había vuelto a ver por el teatro desde que estalló la revuelta). En total, Bartrina dio la mano a veinte personas. Margalida y Carme, asustadas, sólo hicieron un discreto movimiento con la cabeza. Como no paraban de oír la radio, intuían que detrás de las buenas noticias revolucionarias y de los llamamientos a la calma del *president* Companys, se escondían muchas desgracias.

August, para quien acomodar era un oficio, les invitó a sentarse en tres sillas situadas en el interior del corro, justo delante de las dos vacías, previstas para las autoridades que tenían que llegar. Allí permanecieron los tres. Quietos, sintiéndose observados, mientras el silencio se hacía más denso a cada segundo, hasta que resonaron unos golpes insisten-

tes en la puerta roja de la calle del Vent. Lluís, desde su silla, indicó a Feliu que fuese a abrir y al cabo de muchos segundos aparecieron de entre las patas del escenario los dos delegados sindicales. Bartrina permaneció impasible cuando vio que el temido jefe sindical no era otro que Ramiro, su cartelista, pero su expresión acabó convirtiéndose en una mueca contrahecha cuando constató que quien le acompañaba era nada más y nada menos que Mireia Ventós. Con la agitación, no se había dado cuenta de que antes no la había visto entre los presentes.

Sin preámbulo ni saludo alguno, Ramiro, vestido con una camisa negra bien planchada, y después de comprobar que doña Margalida estaba sana y salva, se plantó delante de la silla. Con todos sentados menos él, inició un discurso de tono épico con aristas incendiarias, lo que provocó que Bartrina frunciese el ceño y se temiera lo peor. Después de aquel prólogo encendido, Ramiro sentenció que el teatro, con todos los muebles, bienes y riquezas que contuviere, quedaba colectivizado en nombre de la revolución y del sindicato. Remachó su intervención con una sentida proclama sobre el anarquismo, para terminar declarando abierta la asamblea autogestionaria del Maravillas, que sería, a partir de aquel momento, la encargada de decidir el futuro del teatro y de su gente.

Cuando se abrió el turno de palabra, todos se expresaron con vehemencia; había tanto que decir sobre los enfrentamientos en la calle y el derramamiento de sangre, tantas ganas de cantar las loas de los nuevos héroes del pueblo y de maldecir a los fas-

cistas, que los verbos se alzaron ardientes. Los Bartrina, en medio del corro, estaban desorientados y en silencio, sin saber qué porte adoptar. Pero que, de entre todas las voces, la de la pequeña Mireia fuese la más atendida por los esforzados trabajadores de la casa, sorprendió al ya confiscado propietario y aumentó la turbada admiración de Carme, que veía como la flor secretamente deseada se imponía a aquella cuadrilla de machos airados y se ganaba su respeto. Ignasi intuía que, una vez confiscado el teatro y desahogadas las tensiones, se discutirían sus vidas como en aquellos juicios terroríficos de la Revolución francesa, donde se veía al pobre condenado sometido a la furia del tribunal y populacho, mientras en el horizonte asediaba el perfil de una guillotina. Sin embargo, el hombre apaciguaba los malos presagios diciéndose que, en realidad, puestos temor y esperanza en la maltrecha balanza de la nueva justicia, las dos personas que decantarían el destino serían Mireia, la pequeña tramoyista crecida en la casa, y Ramiro, el cartelista de quien, ya desde hacía tiempo, sospechaba complicidades que no quería confirmar. Así, a pesar de lo desagradable de la situación, quizá las cosas se encarrilarían decentemente.

Pronto corroboró esa esperanza, cuando oyó al compañero Ramiro calificarle de casi propietario obrerista, mientras hacía una defensa ardiente del talante familiar de los Bartrina, sin apartar la mirada, también ardiente, de Margalida. Su intervención provocó que el pasional Juanito pidiese la palabra y, con los ojos llorosos por la emoción, propusiera colectivizarlos a los tres: a él, a Carme y a la generosa

Margalida. El corazón de Bartrina brincó primero confuso por el extraño estatus que se le imponía, pero el latido se aligeró al fabular que, colectivizados, formarían parte del patrimonio revolucionario y, mientras la revolución estuviese viva, Margalida, Carme y él, también lo estarían. Al final, la asamblea confirmó que la familia podía permanecer en el teatro, pero bajo el supuesto de que esta generosidad sólo sería posible si los tres aceptaban ser trabajadores de a pie, cobrando lo mismo que los demás y, sobre todo, olvidándose de la propiedad.

Resuelto este punto, pasaron a ratificar a Mireia como nueva jefa del Comité de Gestión del Maravillas. La chica, con pátina de militar férreo, se levantó para declamar un panfleto de aceptación, seguramente en voz demasiado alta con el fin de impregnar de trascendencia el momento. Luego, y ya en ejercicio de su nueva responsabilidad, organizó los trabajos según las inesperadas circunstancias que estaban viviendo y, sabiendo que Alfred y Juanito iban voluntarios al frente de Aragón, la primera propuesta de la nueva directora fue que se completase el cuerpo de baile sólo con chicas. Argumentó que sería más atractivo para el público masculino, escandalosamente mayoritario, y que, en cualquier caso, estaba convencida de que tampoco encontrarían chicos, ya que estos ansiaban ir a la guerra y defender la República y la revolución. Bartrina, en silencio, consideró favorable la primera afirmación; ante la segunda, prefirió musitar un «válgame Dios» para sus adentros.

También se acordó que el acomodador de platea,

August, pasase a responsabilizarse de la caja, ya que la prudencia y el *decórum* revolucionarios no aconsejaban que la hija del antiguo amo se encargase de las recaudaciones dinerarias. Pero las sorpresas continuaron cuando Mireia propuso al compañero Bartrina para el cargo de acomodador, lo que levantó comentarios favorables de Ramiro que recalcó que «de entre todos los camaradas, el compañero Bartrina es, con diferencia, el más educado y con mejores modales para satisfacer a los clientes. Además, será un ejemplo de que no sólo no hemos matado a todos los propietarios, sino de que, además, les hemos ofrecido un posible reciclaje para ser útiles a la nueva sociedad». Mireia también sugirió que, bajo su control y vigilancia directos, Carme pasase a llevar la contabilidad en el despacho, a condición de que le rindiera cuentas personalmente a ella cada día, y al comité central una vez por semana. Ramiro también apoyó la propuesta y añadió que su madre, doña Margalida, continuaría cortando entradas y haciendo filigranas con los vestidos porque, tal como lo confirmaba él mismo, que entendía de arte, era la compañera mejor preparada para esa tarea. Ante el panorama que pintaban Mireia y Ramiro, el señor Bartrina pensó que tres sueldos, aunque fuesen escasos, bastarían para no mermar los ahorros escondidos, salvar la vida y... vete tú a saber si también el Maravillas. Doña Margalida se puso algo colorada con los elogios del jefe sindical, y un brillo erótico se instaló en los ojos de Carme ante la perspectiva de reunirse en privado cada día con la flamante jefa del Comité.